EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO

Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.

Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO_2 por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).

Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Enviromental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.

Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m^2 de plástico).

El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.

Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería ecológica: el 100 % de las recogidas y buena parte de las entregas se hacen andando o en bici. Para las entregas que no se pueden hacer sin medios motorizados hemos elegido a la mensajería con el plan de reducción de emisiones más ambicioso para 2026.

Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.

Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

AGUAMARINA

CAROL ANSHAW

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ

errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: agosto de 2026
TÍTULO ORIGINAL: *Aquamarine*

© Carol Anshaw, 1993
This edition is published by arrangement with
Jean V. Naggar Literary Agency Inc., through International Editors and Yañez' Co.
© de la traducción, Regina López Muñoz, 2026
© Errata naturae editores, 2026
C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 979-13-87597-44-3
DEPÓSITO LEGAL: M-15255-2026
CÓDIGO IBIC: FA
IMAGEN DE PORTADA: © CeriseH
MAQUETACIÓN: N. Moreno
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Para Barbara

NOTA DE LA AUTORA

La prueba de cien metros libres femenino de los Juegos Olímpicos de 1968 tuvo su propio escenario y la ganaron y perdieron mujeres reales que nada tienen que ver con esta historia. Todos los personajes y sucesos de las páginas que siguen son pura ficción.

ESTILO LIBRE

OCTUBRE DE 1968,
CIUDAD DE MÉXICO

Durante unos segundos sobresaturados, Jesse siente, ve, huele y oye todo. El calor apabullante, el cielo mexicano teñido de blanco por un sol plano que ejerce la presión de un hierro al rojo sobre la curva de sus hombros. El olor a cloro y a aceite para bebés y a algo que no es exactamente sudor sino más bien un equivalente acuático, ese efluvio que despiden los nadadores minutos antes de una prueba, esa combinación embriagadora de excitación, miedo y anhelo. La multitud, tan exaltada como si fuesen a competir ellos.

Excepto su madrina, que ocupa su asiento en las gradas imperturbable, impasible, un buda del Medio Oeste llegado tras dos días y una larga noche en un autocar Trailways desde Misuri. Con ella está el hermano de Jesse, que da leves brincos en el sitio y juguetea con las manos como un caótico segunda voz, un miembro de los Temptations escacharrado. De todos modos, hay tanto ajetreo a su alrededor que, por una vez, no llama mucho la atención.

Abajo, al nivel de la piscina, acompaña a Jesse Bud Freeman, el entrenador del equipo femenino estadounidense,

una especie de boca de incendios con el pelo cortado a cepillo, varios centímetros más bajo que Jesse, a cuyo brazo da, en estos precisos instantes, unos leves toques con su dedo rechoncho, recordándole que Marty Finch arranca como un cohete y enseguida se viene abajo, que no se preocupe por ella en los primeros cincuenta metros. Ha arrimado tanto la boca a su cara que Jesse percibe un aroma a naranjas en su aliento. Asiente, pasa la lengua por el interior de las gafas y echa un vistazo por encima de su hombro a Marty, que hace estiramientos de piernas apoyada en el siguiente bloque de salida, sin mirar a Jesse. Una decisión inteligente. Ella tampoco debería mirarla, ahora no.

Está de pie junto al bloque de la calle 4. Sigue asintiendo a lo que dice Bud, a pesar de que ha dejado de prestarle atención, no le hace ninguna falta. Ha nadado mentalmente esta prueba cada día desde los catorce. Durante buena parte de esos tres años, su cuerpo ha nadado unos quince mil metros diarios, de modo que sabrá cómo afrontar estos cien él solito. Hoy, en realidad, Jesse se limitará a dejarse llevar.

Llega el momento de subir a los tacos. Es entonces cuando la ola que estaba surfeando —absorbiéndolo todo simultáneamente— rompe contra la orilla de su ser y la zambulle en un espacio situado en su núcleo más profundo. Pierde el contacto con Bud, con el gentío, con el sol. Sólo existen ella y la extensión de agua que tiene ante sí y que ha de atravesar. Cincuenta metros de ida. Viraje. Cincuenta metros de vuelta. Un periplo relámpago.

Se ajusta las gafas a la cabeza estirando la correa, haciendo chasquear el caucho. Toquetea las lentes, tira de los extremos de la correa hasta asegurarse de que han hecho vacío. Se acuclilla y balancea los brazos hacia atrás, luego hacia delante, a un tris de perder el equilibrio. Está lista. No necesita ver al juez para saber que está levantando la pistola. Presiente que la carrera es inminente, que se funde con ella.

«Nadadoras, en sus marcas». La orden metálica sale de los altavoces y traslada la prueba de la dimensión de lo abstracto a la de aquello que está a punto de concretarse.

Jesse hiperventila para expandir los pulmones, apoya bien las plantas de los pies contra la superficie rugosa del bloque. Llega el momento crítico, ese en el que necesita desentenderse de todo, hasta de sí misma, y transformarse al cien por cien en lo que sabe hacer, convertir materia en energía, volverse velocidad. En los centenares de pruebas que Jesse ha nadado para llegar a ésta, esa fracción de segundo en la que es capaz de ver con claridad la carrera que tiene ante sí, y de verse ganándola, la ha hecho salir con ventaja.

Esta vez, sin embargo, el poder de la fe se desvanece, apenas un instante, apenas la micronésima de segundo que tarda en lanzarle una mirada a Marty, quien en un abrir y cerrar de ojos le devuelve el gesto. Sólo que, a través de sus gafas, y de las de Marty, y con el sol de cara, Jesse no logra interpretar su expresión. Está tratando de descifrarla, de extraer de ella un mensaje importante, intentando aún relacionar el hoy con la noche de ayer, desentrañar el

nexo entre esos acontecimientos y éste. Mientras se pierde fugazmente en una constelación de miedo, euforia y esperanza contenida, el pistoletazo de salida, al que Jesse se supone que debe reaccionar de forma instintiva, como si saliera de su pecho, se produce en un lugar muy remoto. Pillándola totalmente desprevenida.

Así pues, Jesse Austin salta, queda suspendida en el aire por un instante y se adentra en aguas olímpicas una décima de segundo más tarde de lo que debería. No puede maldecir el error. No hay tiempo para eso. El minuto siguiente es un borrón aguamarina. El color descompuesto en el millón de cristales ondulantes del agua refractando la luz solar que incide en el fondo de la piscina. Aguamarina y el azul oscuro de la franja ancha por la que se guía en el centro del carril, hasta el viraje, que se produce cuando la franja termina formando una T. El contacto del hormigón pintado contra la carne de la planta de los pies en el momento en que se da impulso. Y los últimos cincuenta metros. Sabe que está nadando rápido, quizá más que nunca. Percibe una diferencia infinitesimal. Como si el agua hubiese sucumbido y se abriese para darle paso.

Y entonces llega el resbaladizo choque de la palma de su mano contra los azulejos al terminar en el punto donde empezó. Emerge a la superficie rauda y arrebatada, dando dentelladas para tomar aire. Sale del agua como un corcho, se arranca las gafas, mira en derredor enloquecida en busca de alguna señal. A su izquierda, en la calle 5, Marty también ha llegado. Se está quitando el gorro con un chirrido elástico, echa la cabeza hacia atrás y

su cabello se vuelve un pasto marino blanquecino al contacto con el agua. Jesse se queda unos segundos observando el fenómeno; forma parte de ese cúmulo de cosas ocurriendo a la vez. Sigue esperando el veredicto.

En ésas, Bud se agacha junto al bordillo por encima de ella, negando con la cabeza y enseñándole dos dedos. Ha quedado segunda, ha ganado la plata. Es una victoria, pero la sensación que la embarga de primeras es la de derrota. Siente como si una pesa de gran tamaño tirase de ella hacia el fondo. Desvía la mirada y ve a Marty recibir la noticia a través de Ian Travers, el entrenador australiano. El oro ha sido para ella. Lanza el gorro y las gafas por los aires y sonríe con el cuerpo entero. Y entonces mira a su alrededor y se sale del perímetro de su éxito, estira el brazo por encima de la corchera y rodea a Jesse por los hombros. Como si se la echase encima, un gesto para tenerla a su lado.

Sorprendentemente, funciona. Jesse siente que su espíritu se abraza al de Marty y, al menos por un instante, se convence de que han ganado, de que juntas han vencido a sus competidoras, de que las dos ríen juntas en un plano superior al que ocupan el común de los mortales. Se sumergen, dan unas volteretas y resurgen y salen de la piscina dejando tras de sí salpicaduras en forma de arcos.

Jesse siente que han conquistado una altura elevada, como si la gloria fuese un espacio amplio y llano que ambas habitarán para siempre en lugar de un pico escarpado que de inmediato las hará caer por la otra vertiente hasta el duro suelo. Pero ella ahora no mira hacia abajo, sólo

hacia el frente, hacia las posibilidades ilimitadas que implica haber domeñado esta cumbre.

Siente que la envuelve con ligereza la brisa que ambas levantan.

ESCRIBIR EN EL CIELO

JULIO DE 1990,
NEW JERUSALEM, MISURI

—Cielo. —Neal se apoya en el marco de la puerta de la cocina y se balancea un pelín adelante y atrás—. ¿Cierras tú la cueva? Casi he terminado de cuadrar la caja en la oficina.

La transpiración le ha adherido la camiseta al tórax. Se quita la gorra de béisbol y se enjuga la frente con la cara interna del brazo. Está siendo el verano más caluroso que se recuerda. Llevan seis días rozando los cuarenta grados a mediodía. Hasta los más viejos del lugar, que normalmente equiparan el presente con cualquier pico dramático de tiempos pasados, dicen que no, que es la peor ola de calor que hayan tenido jamás.

Jesse asiente con la cabeza, se seca un hilillo de sudor de la sien y suelta el pasador que lleva a la altura de la nuca. Su cabello se despliega igual que un abanico. Se lo recoge y vuelve a colocarse la horquilla, más prieta.

—Tendría que cortarme esta mata de pelo y olvidarme.

Neal la mira un segundo, como si la estuviera viendo con el sonido quitado. Se resintoniza enseguida.

—Ni pensarlo. ¡Con lo excepcional que es una melena pelirroja! En tu caso es una esplendorosa corona.